

conservación de la especie humana. El médico no puede separar á la madre del género de ocupación que le impone la economía contemporánea, ¿y qué ha de hacer si la madre, á causa de su trabajo, se ve obligada á separarse de sus hijos, de enviarlos á casas mercenarias, donde los cuidados que se les den bajo la vigilancia de funcionarios indiferentes, corren el riesgo de ser completamente ilusorios?

Lo mismo sucede con todas las demás mejoras soñadas ó intentadas por los hombres de buena voluntad que se interesan más especialmente en tal ó cual de las cuestiones relativas al progreso social. Los higienistas no tienen duda alguna respecto á los venenos que vician la sangre de los hombres: alcohol, tabaco, morfina, opio. La claridad es grande sobre el asunto, pero es también evidente que los presupuestos nacionales y locales, lo mismo que los beneficios de los productores y comerciantes se aumentan en grande, favoreciendo el vicio. No se verán, pues, poderes constituidos que tengan la audacia de condenar abiertamente el mal. Todo se reduce á tratar teóricamente cuestiones relativas al trabajo ó á la educación, á aceptar lo que dicen los higienistas acerca de la necesidad de respirar aire puro, de alternar los trabajos de fuerza física y de investigación intelectual, de suministrar á cada hombre una alimentación variada y abundante, de no forzar las vocaciones ni los músculos, de conceder gran reposo bien ganado á aquellos á quienes ha fatigado el exceso del trabajo; ¿pero qué importa una ciencia cuyos principios no se osan aplicar porque en las fábricas se necesitan músculos humanos á cambio de jornales de hambre, y porque los padres tienen prisa por que sus hijos se dediquen á una profesión, si no bien remunerada, á lo menos suficiente para las necesidades inmediatas de la familia? ¿Y la prostitución? Como régimen dependiente del Estado, del que hasta se beneficia por los tributos que la impone, semejante institución no puede hallar más que defensores vergonzantes, si se exceptúan los jefes militares que cuidan de que no falten casas públicas al lado de los cuarteles. ¿Y cómo evitar las matanzas perpetradas de tiempo en tiempo por las compañías de ferrocarriles? No hay duda que ocurren casos fortuitos inaccesibles á toda previsión humana, pero en más de un accidente el «dividendo» es el culpable. Las compañías conocen los aparatos

de preservación, pero son caros; tampoco ignoran que un personal numeroso, dispuesto siempre, es indispensable para evitar los choques, pero los hombres se pagan, y saben también que si las responsabilidades recayeran sobre los poderosos tomarían un carácter mucho más serio que las duras penas impuestas al azar sobre un guarda-agujas ó sobre un fogonero rendidos de fatiga.



Cl. Colec. Ideal P.S.

LA PUNTA PESCADE, CERCA DE ARGEL, Y SU FUERTE

Esos inconvenientes, por otra parte, no disminuyen los grandes beneficios á cuya consecución obedece toda la combinación de la empresa.

Así siempre y en todas partes, en toda obra de justicia y solidaridad humana se tropieza con supervivencias que no cederán seguramente á las exhortaciones de los que saben y se limitan á predicar con fervor; no cederán más que á la fuerza. Los que unen el poder al saber intervendrán sin duda antes que todos esos males desaparezcan por sí mismos. No bastará dictar leyes ni delegar el poder popular para destruir todas las instituciones malas; el movimiento histórico traerá seguramente sobre la escena revolucionarios que pondrán la mano al servicio de sus ideas, demoliendo cuarteles y lupanares, casillas de consumos y aduanas, cuartelillos

de gendarmes, cárceles y presidios. De lo contrario, á pesar de cuanto se haga, esas barracas y esos monumentos serán siempre habitados y, conservando su carácter social de focos parasitarios, permanecerán como tantas otras úlceras sobre el cuerpo enfermo. Mientras no interviene la sanción de un hecho brutal, las decisio-



ESCULTURA PREHISTÓRICA
BUSTO DE MUJER EN DIENTE DE CABALLO
Mas de Azil. — Tamaño doble.

Cl. P. Sellier.

estéticas, es aún mucho más delicada que la educación científica, porque es menos directa, y su elaboración, completamente personal, es infinitamente más matizada.

La impresión de la belleza precede al sentido de la clasificación y del orden: viene antes que la ciencia. El niño se alegra cuando tiene en su mano un objeto luminoso, de color brillante y sonido argentino; goza deliciosamente de la música, de los colores y de los sonidos, y hasta pasado cierto tiempo no trata de conocer el

nes legales resultan vanas. Hay fortaleza abandonada, desarmada, desguarnecida, hasta sin conserje, y no deja de ser un lugar prohibido, cuyos muros están defendidos por la prisión y por las multas. Muchas veces han sido suprimidas las subprefecturas por acto legislativo como otras tantas vergonzosas agencias electorales, pero á pesar de todo las subprefecturas funcionan todavía, con perjuicio de la moral y de la hacienda pública. La opinión prepara revoluciones: la voluntad firme, absoluta, las realiza.

La parte de la educación que ha de dar por resultado las grandes transformaciones

cómo y el por qué de su juguete: le mira y le manipula mucho antes de desmontarle para conocerle bien. Asimismo sus padres



EL PENSADOR, POR A. RODIN

Cl. J. Kuhn, París.

contemplan con una especie de adoración, con transporte, al hijo que les ha nacido, y sólo en segundo lugar les acude la idea de educar al ser maravilloso que admiran¹. Así se pasa del arte á la

¹ Patrick Geddes, *Summer Meeting at Edinburgh*, 4 Agosto 1896.

ciencia; después cuando se han comprendido las cosas que nos rodean, cuando la ciencia ha explicado todo, volvemos al arte para admirar todavía, y hacer, si es posible, que penetre la alegría en nuestra vida.

Pero no es artista todo el que quiere, y el que pretende serlo por el estudio servil de los maestros, por la medida y la reproducción precisa de las líneas trazadas por otros, por la observación rigurosa de las reglas anteriormente adoptadas, no pasará de pobre copista, generador de decadencia y de muerte. La primera regla del arte, como de toda virtud, consiste en ser sincero, espontáneo, personal (Ruskin); pero, tan mala ha sido nuestra educación, que por un sentimiento de servil imitación, las multitudes — ¡y cuántos hombres instruidos y cultos pertenecen todavía á la simple multitud! — se sienten arrastradas á considerar como perteneciendo al número de las cosas bellas por excelencia, muchas obras que no son más que agregados de piedras debidos al capricho de algún déspota y pagados por innumerables vidas de esclavos. Verdad es que toda obra humana es, en sus efectos, como en sus causas, de naturaleza tan compleja, que lo bello puede mezclarse con lo mediano y aun con lo feo; sin embargo, para darse cuenta exacta de los trabajos humanos, preciso es distinguir en ellos los elementos diversos y pronunciarse especialmente sobre cada uno de ellos. Las pirámides, por ejemplo, en concepto arquitectónico, no son más que un simple modelo de geometría sin más valor que los poliedros de cartón que construyen los escolares; mas, por su masa prodigiosa, aquellos «tres montes elevados por el hombre, que á lo lejos penetran en los cielos» han dejado de ser en apariencia obras humanas, y se convierten en parte inseparable del paisaje, como las sinuosidades del río y las arenas del desierto. Además, se ve levantarse en aquellas pirámides como un período de la humanidad: el pensamiento evoca todo el pueblo de los constructores y, por una simpatía inconsciente, personifica los millones de desgraciados en el enorme montón de piedras bajo el cual murieron penando. Tiénese á la vista un espectáculo de la Naturaleza, recíbese una profunda impresión de la historia, pero toda idea de arte queda completamente extraña á la vista de las pirámides.

Prodúcese más fácilmente una admiración irreflexiva cuando las obras arquitectónicas unen á formas colosales algunos rasgos realmente artísticos. Cuando Sesostri, locamente prendado de su pobre persona, cubrió el mundo egipcio con sus enormes efigies, el sentido de lo bello no había sido todavía suprimido completamente por la servidumbre universal, y por lo menos los colosos del Faraón, sus templos de proporciones gigantescas, han guardado, á pesar de su exageración y su falta de espontaneidad, algunas de las cualidades legadas por la edad precedente. Asimismo, en las épocas en que los soberanos, césares ó «Reyes Sol», hacían converger á la glorificación de su individuo todas las energías artísticas del siglo, las generaciones anteriores habían contribuido sin saberlo á la obra de adoración real, pero su premio consistía en una decadencia inevitable de las generaciones siguientes. Sin embargo, la bajeza atrae á la bajeza, y de siglo en siglo, los príncipes que mataron el arte por su vanidad, á fin de concentrar todos los rayos en su aureola, tienen todavía sus cortesanos; pero esa turba disminuye: cada vez prevalece más el sentimiento expresado por los críticos verdaderamente humanos: «En la época de Sesostri el arte se vuelve espantoso... No sólo se siente humillado por la inmensidad de esas obras, sino que la ejecución no puede comprenderse más que por la esclavitud de los hombres... Quiero que las artes expresen el bien de la especie humana».

Á lo menos expresa la libertad. Cuando el hombre trabaja libremente, y puede dedicarse alegremente á su obra, persiguiendo su quimera, quizá alcanzará la felicidad de realizarla ó á lo menos hallará la originalidad personal que hará de él un individuo distinto en la sucesión de los hombres. Si no tiene el goce tranquilo de la libertad en la paz, que tenga á lo menos la libertad relativa que se halla en el combate: son también grandes épocas aquellas en que se puede luchar por su ideal, defender con una mano el tesoro que se lleva en la otra. A veces también el artista puede crearse una vida completamente aparte. El mundo oficial se le aparta, el fárrago de las cosas insignificantes se agita en su rededor; pero

¹ Ch. Lenormant, citado por Fr. Lenormant, *Les Premières Civilisations*.

él lo ignora todo y sigue en regiones misteriosas el llamamiento de su genio. Beethoven es sordo, pero desarrolla en los campos del espacio grandes ríos de armonía. Por lo demás, la floración del genio individual depende de tantos elementos, de tantas combinaciones infinitas, que suele suceder que se desarrolle en un medio completamente extraño en apariencia, que sin embargo tiene recursos ocultos, tesoros de fuerza de que la tiranía no había podido apoderarse. Así pudo erigirse la admirable iglesia que descubrió Stevenson en una aldea despoblada de las Marquesas, en Hatiheu, en la isla Nukahiva. El hermano lego que la construyó hace algunos años se manifestó escultor original y supo producir un conjunto verdaderamente notable¹. Es indudable que la obra artística de Michel Blanch no hubiera podido florecer en la metrópoli, bajo la influencia de sus superiores y de la burocracia con diploma. Del mismo modo, gracias á la libertad infinita de los viajes en el mundo musulmán, un Saadi pudo ponerse frente á Mahmoud el Ghaznevide; así también el impulso heroico de los descubrimientos y de las conquistas dió vida á un Cervantes, á un Lope de Vega, á un Calderón, á pesar de la inmensa tiranía de la Inquisición; después, en la frivolidad de las cortes, se vió prosperar á Rubens y su escuela, con su belleza robusta y brillante, su riqueza sin pensamiento y sin filosofía². Por último, hay entre los artistas cierto número de hombres que saben luchar siempre y en todas partes, crecer á pesar de todo como árboles que se retuercen al viento del mar, y que,



ADÁN
por los hermanos Van Eyck,
Hubert, 1370-1426.
(Real Museo de Bruselas.)

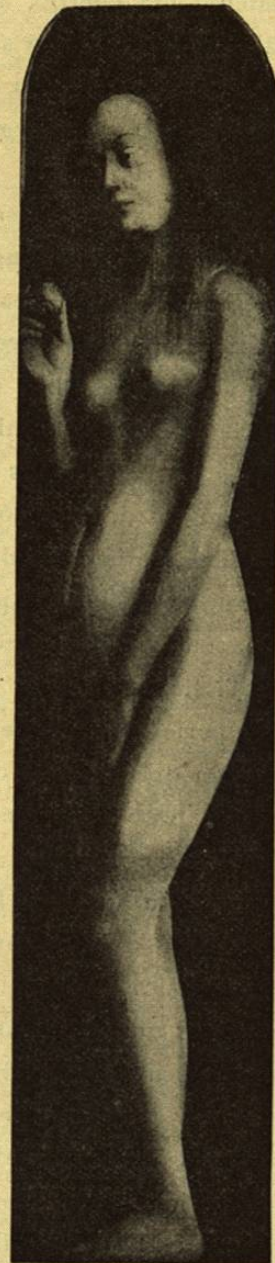
¹ R. L. Stevenson, *In the South Seas*, I, p. 97.

² Guillaume de Greef, *Introduction à la Sociologie*, 2.ª parte, p. 173.

en la crisis final, miran frente á frente á sus adversarios, como Bernard Palissy, diciendo: «¡Sé morir!»

La tiranía material de los señores y de las castas no es la única que impide completamente ó al menos retarda el desarrollo del arte; la pesada opresión de una opinión pública ininteligente produce el mismo resultado. El mal causado por la hipocresía religiosa y moral que domina en los países anglo-sajones bajo el nombre de *cant*, es verdaderamente incalculable. Miles de autores y de artistas que no habían de temer el «brazo secular» se callaban, no obstante, con una discreción respetuosa, cuando, por el asunto, hubieran debido tocar problemas que no han sido declarados libres por la opinión todopoderosa. Sabido es que hombres de gran inteligencia, como Byron y Shelley, trataron en vano de hacerse tolerar por su patria, Inglaterra, y uno y otro murieron en el extranjero. También en país inglés, la literatura y la pintura llamadas *convenables*, hasta una época reciente, se vieron obligadas á ignorar completamente la vida sexual, fuera de los impulsos del alma y del lado puramente espiritual del amor: parecía que el hombre fuera un ser sin cuerpo, una simple llama, una luz, un duende. A este respecto, la sociedad moderna, sometida siempre á esta vergüenza, á esta maldición de la carne que había pronunciado el cristianismo, es todavía singularmente inferior á la noble Hélade, que respetaba y divinizaba las formas humanas.

El renacimiento de un arte escultural, no idéntico, sino de igual valor al de los Griegos, no es concebible durante el largo transcurso que la moda y las convenciones de una falsa moral impusieron á los



EVA
por los hermanos Van Eyck,
Jean, 1390-1440.
(Real Museo de Bruselas.)

hombres y á las mujeres sus trajes, contrarios á la vez al libre crecimiento del cuerpo, á su desarrollo higiénico y al fructífero estudio de los artistas. No se puede ser escultor sino después de haber contemplado las formas en su infinita variedad, después de haber comprendido por un largo hábito el juego flexible de los músculos y la sucesión rítmica de los movimientos, después de haber descubierto la unidad de la persona humana, el lazo secreto que existe entre el modelado de cada una de las partes del cuerpo y el carácter moral de la individualidad creada por la imaginación artística. Todavía es necesario que esta apreciación de los cuerpos, viviendo en la plenitud de su vida, se haga en condiciones de libertad completa, no por una serie de sorpresas ni en el taller, donde personas habituadas á posturas convencionales se venden á tanto por sesión. ¿Puede hacerse verdadero arte reproduciendo los contornos de «modelos» conscientes del sentimiento de oprobio que las tradiciones y el medio dedican á su ocupación y que, por efecto de esa hostilidad, han adquirido una mentalidad especial? La desnudez no puede ser perfectamente bella sino cuando el ser humano es ignorante del mal, ó cuando, por un perfecto y noble conocimiento de las cosas, se ha elevado á la pureza del alma y de la vida. Únicamente una profunda evolución moral, procedente de un completo cambio del medio, podrá dar á los hombres esta nueva libertad.

La cuestión de los vestidos y de la desnudez es ciertamente la que tiene más importancia á la vez desde el punto de vista de la salud física, del arte y de la salud moral: es, pues, necesario precisar lo que se piensa á este respecto, porque ha llegado el tiempo en que no se ha de retroceder ante ninguna discusión. Es esta una conquista reciente de la libertad humana: hace pocos años se hubiera rechazado de antemano como atentatoria á la moral toda proposición encaminada á que pudiera ser negada la necesidad del vestido. Bajo la influencia de esta idea de origen inmemorial, consagrada por la religión, indiscutible para la moral, se había llegado á creer en la sociedad actual, llamada civilizada, que la «decencia» se halla en los diferentes pueblos en proporción directa con los vestidos. La dama elegante afecta no ver siquiera al que va descalzo; las manos, que son por excelencia los órganos de la ac-

ción, los ejecutores del pensamiento, se revisten frecuentemente con guantes; la mayoría de las mujeres cristianas no obligadas al trabajo físico se velan el rostro, á la manera de las mahometanas, sin ser compelidas por más tirano que por la moda; ni la cabeza se muestra libremente, una niebla de tul ó de encaje se interpone entre la mirada y la naturaleza; hasta las motitas negras ó rojas bordadas en el velo parecen manchar intencionadamente los ojos y las mejillas. Los convencionalismos lo quieren así, como también en otras circunstancias las costumbres de la sociedad exigen que la mujer ostente descubiertos el pecho y la espalda. Á la entrada de Carlos V en su buena ciudad de Amberes, las damas de las más nobles familias se disputaban el honor de presentarse desnudas en el cortejo del soberano, lo mismo que en tiempo del Directorio usaban telas transparentes para satisfacer las exigencias del buen tono. Sin embargo, preciso es reconocer que la religión y la moral oficiales no aprueban esas desviaciones de las costumbres y se acomodan mucho mejor con los vestidos tradicionales que, en ciertos países como el Tirol y la Bretaña, cubren absolutamente el cuerpo é impiden reconocer la forma. Tal era el objetivo de la «Santa Iglesia», que veía en la mujer la mayor incitadora al pecado.

En el fondo se trata de saber cuál es, entre el desnudo y el vestido, lo más sano para el desarrollo armónico del hombre en lo físico y en lo moral. En cuanto al primer caso no hay la menor duda: para los higienistas es cosa ya juzgada la desnudez; no es dudoso que la piel adquiere su vitalidad y su actividad naturales cuando se halla libremente expuesta al aire, á la luz y á los fenómenos cambiantes del exterior; no se dificulta la transpiración; las funciones del órgano se realizan todas; flexible y firme á la vez, no palidece ya como una planta aislada privada de luz. Los experimentos hechos sobre los animales han probado también que cuando se subtrae la piel á la acción de la luz, disminuyen los glóbulos rojos lo mismo que la proporción de hemoglobina; es decir, la vida se hace menos activa y menos intensa¹. He ahí una demostración de que los pro-

¹ Kronecker y Martí, *Archives italiennes de biologie*, t. XXVII, p. 333.